

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VII

Mahón 12 de Noviembre de 1931

Núm. 446

LOS CAMBIOS DE TIEMPO

—¡Ay, Abuelito!... Yo no sé lo que tengo, pero apenas puedo respirar... Esas nubes parece que impiden que salga el aire que tengo en el pecho.

—Es que va a cambiar el tiempo, hijo mío, y esa depresión atmosférica le sentimos todos; por eso es curioso el barómetro que lo indica.

—Sí, pero yo no sé cómo, y por qué funciona ese instrumento, aunque lo veo en el colegio con una esfera y unos números, y una saeta que a veces se corre.

—A eso le llaman aneroides, pero yo te enseñaré a construir un barómetro de juguete, tan exacto como esos que cuestan mucho dinero.

—¿Cómo es, Abuelito?

—¡Verás!... Ante todo, es preciso que sepas que las variaciones de presión que sufre la atmósfera según los grados de humedad de que está saturada, las sentimos como la sientes tú ahora, pero son a veces tan débiles que nuestro cuerpo no las percibe, aunque no pasan inadvertidas para el barómetro.

»Los cambios de la presión del aire, hijo mío, se relacionan por completo con los cambios del tiempo, notándose la mayor presión en tiempo sentado, o lo que se llama buen tiempo, y cuando disminuye esa presión del aire, indica que va a cambiar el tiempo hacia el lluvioso o hacia vientos fuertes.

»Como te he dicho, voy a describirte un barómetro que es muy útil por su exquisita sensibilidad y su poco coste, porque para construirlo basta con un frasco de cristal o vidrio de unos 15 centímetros de altura, un tubito también de cristal, de 20 a 25 centímetros de largo, y del grueso del cañón de una pluma de ganso, y un disco o rodaja de corcho de poco más de un centímetro de grueso que encaje en el gollete del frasco.

»Se taladra el centro del tapón y por el agujero se introduce el tubito de cristal, procurando que entre algo forzado para que ajuste bien, ¿comprendes?

—Sí, Abuelo.

—Echase agua en el frasco, hasta la altura de unos tres centímetros, ligeramente coloreada con azafrán, para que se vea ascender por el tubo, y se coloca el tapón como a la mitad del cuello del frasco, procurando que la parte inferior del tubito esté sumergida como cosa de un centímetro en el agua y dos centímetros separada del fondo. ¿Lo has comprendido?

—Sí, sí.

—Una vez colocado el tapón que sostiene el tubo a la altura indicada, se va echando la cera en polvo en pequeñas proporciones en el espacio que queda desde el corcho hasta el gollete y con una varilla de hierro calentada al rojo se va derribando el laque, con objeto de que quede el frasco herméticamente cerrado.

»Terminada esta operación, y para probar si el lacrado ha sido perfecto, se llena gota a gota el tubo con agua clara

y se deja en reposo algunas horas. Si el agua del tubo ha descendido algo nada más, es que el aislamiento es perfecto y perfecta la operación; pero si ha descendido por completo, hay que repasar el lacrado, pues indudablemente ha quedado algún agujerito imperceptible por donde se escapa el aire. Si la operación ha salido bien, se inclina el frasco y se sopla superficialmente por la boca del tubo a fin de que el agua descienda.

Y he aquí construido un barómetro, más exacto que el mejor aneroides, pues cuando baja la presión de la atmósfera anunciando lluvias, el agua sube por el tubo, y cuando la presión exterior sube, anunciando buen tiempo, el agua del tubo baja a su nivel.

—¡Que bonito!

—Bonito y práctico, Dominguito. Ahora que, para apreciar las variaciones atmosféricas debe tenerse algún tiempo en observación y señalar al exterior del frasco con tinta grasa las alteraciones que se comprueban. ¿Qué te parece?

—Que voy a decirle a papá que me compre todo eso para que entre todos construyamos uno... ¿Quieres?

—Sí, hijo, sí. Prefiero que pases el tiempo en eso que en cometer diabluras.

—Pero oye, abuelito: ¿ese barómetro es exacto? ¿Marca bien, Abuelo?

—Ya lo creo, y hay otro que es verdaderamente raro, y que la gente pobre de Alemania y Suiza, sobre todo en el campo, lo tiene en cada casa.

»Ese barómetro es originalísimo, y se llama de la rana.

—¿De la rana?... ¿De ese animalito que croa en el estanque de la huerta?..

—Precisamente, Dominguito: de esos animalitos que en la huerta de la torre de Pedralbes no nos dejan dormir, y que tu tío les echa tantas maldiciones.

—Pero es que las ranas hablan o croan de un modo especial para decir que va a cambiar el tiempo?

—No, hijo, no. Es que la rana es un animal muy sensible a esos cambios.

—¿Y cómo hacen con ellas un barómetro?

—Pues verás, meten un animalito de esos dentro de un tarro de cristal de los que suelen usarse para guardar conservas en almíbaras.

»Hasta la mitad llenan de agua el tarro, y le tapan con un trozo de tela de tejido claro, o un pedazo de papel pergamino, en el que se abren algunos agujeros para que entre el aire.

»En el fondo del tarro se ponen unas cuantas piedras y dos o tres plantitas acuáticas vivas.

»Se construye después una escalerilla de amplios peldaños, que puede hacerse con las tabetas de una caja de cigarrillos habanos, y esa escalera descansa en el fondo por un extremo, y por el otro en una de las paredes del tarro...

—¡Sí Abuelito!... Lo comprendo perfectamente.

—Y ahora verás como la rana indica los cambios:

»Cuando hace buen tiempo, la rana se queda dentro del agua; cuando llueve o amenaza lluvia, sube por la escalera y se coloca en uno de los peldaños altos de ella.

»Y te advierto que esos pronósticos son de una exactitud maravillosa generalmente.

»En las casas donde tienen ese barómetro, los chicos cazan algún moscardón y se lo dan a comer al animalito.

»Entonces la rana, atenta a la golosina que le ofrecen, descuida su misión meteorológica, y sube precipitadamente a comer el, para ella, exquisito bocado.

—¿Y por qué es que anuncian la lluvia, Abuelito?

—Porque es principio científico y verdadero, que cuando es inminente la lluvia, el aire se pone pesado y comunica un aumento de presión al agua en que está la rana, y ésta se sale de ella con más o menos prisa, según la presión sea.

»Cuando la atmósfera está seca, la rana necesita mayor humedad, y para buscarla descende al fondo del tarro, donde está en cristalina prisión.

EL ABUELO

CUENTO INFANTIL

EL ERIZO

No se debe hablar mal del erizo.

Si esta especie de castaña viviente tiene bromas picantes, hay que reconocer también que resulta muy útil para la destrucción de ratas, ratones, topos, musarañas y otros roedores que infectan los jardines destruyéndolo todo.

—Nosotros teníamos uno en el campo—explicaba el pequeño Pablo—; mámana lo había comprado por unos céntimos al hijo del jardinero cuando se proponía matarlo para comérselo.

»A lo que parece, hay dos clases de erizos: el de hocico de perro y el que gruñe como un puerco.

»Este último es el bueno para comer, según algunos aficionados a las comidas extravagantes, y «Picante»—le habíamos bautizado con este nombre a causa de sus dardos—pertenecía a la categoría de los que se comen.

»Se le había confiado la guarda del granero, donde las ratas vivían como reyes comiéndose las patatas que allí estaban almacenadas. A «Picante» le alimentábamos con pan seco y leche.

»Al cabo de una semana los ratones habían desertado del granero, espantados por la matanza del erizo, pero desgraciadamente el remedio había sido peor que la enfermedad.

»«Picante», que no podía saber exactamente lo que le era permitido o prohibido, se entretenía en tirarse contra las botellas de vino que allí se guardaban sin preocuparse de si estaban llenas o vacías, haciéndolas caer al suelo y rompiéndolas todas, unas después de otras.

»Papá, enfadado por el perjuicio causado por «Picante», decidió dejarlo en libertad en el campo, a pesar de mis lágrimas y súplicas.

»Mi erizo fué sacado del granero y lo instalaron en el vestíbulo, donde debía pasar la última noche.

»Después de cenar, mis papás me enviaron a dormir.

»Papá quedó en el comedor leyendo el periódico y fumando su pipa.

»Cuando terminó, antes de irse a acostar, desató a «Fino», nuestro perro de guardia, un dogo cuya talla metía miedo al más valiente.

»La precaución no era inútil, pues habíamos dejado el pueblo, sobre la carretera, y la tapia de nuestra casa no era muy alta.

»Desde hacía algún tiempo, los vagabundos y saltimbancos de cara patibularia venían a pedir limosna, pero con muy malos modos y dispuestos siempre a insultar.

»Afortunadamente, «Fino» les tenía a distancia.

»Yo me había acostado entristecido con la idea de separarme de «Picante», que se había acostumbrado a correr por la palma de mi mano y a quien amaba tanto como a «Fino».

»Sería muy entrada la noche, cuando me pareció oír gruñir al perro.

»Como los gruñidos no continuaron, pensé que me había equivocado, y cansado por la fatiga, ya estaba a punto de quedarme dormido, cuando un grito de dolor, seguido de un espantoso juramento, me hizo levantar, estremecido de terror sobre mi cama.

»En la habitación de mis padres, vecina de la mía, oí como mi papá saltaba del lecho gritando:

—¡Quién va allá!

»Después, dos tiros sonaron.

»Escuché el ruido de una fuga precipitada, gemidos de dolor y la arena del jardín dejó oír el ruido peculiar de unos pasos que corrían presurosos.

»Más muerto que vivo, me vestí rápidamente y salí de mi cuarto.

»En el vestíbulo encontré a papá, todavía con el fusil humeante en las manos.

»A la luz de la linterna que tenía mamá en sus manos, examinaba el cuerpo del pobre «Fino», muerto envenenado por una bolita que le habían tirado...

»Es por este motivo que no había ladrado.

»«Picante» tampoco daba señales de vida... un plomo de una bala le había matado.

»Y no obstante, era él quien nos había salvado.

»Las huellas sangrientas de pies desnudos y un puñal abandonado en el suelo, lo probaban.

»Los malhechores, después de haber puesto a «Fino» fuera de combate, envenenándole, habían entrado hasta el vestíbulo con los pies desnudos para poder sorprender a mis papás.

»El grito de dolor que habían dejado escapar al pisar el erizo, había despertado a papá, impidiendo su tentativa criminal.

»A la sombra de un árbol que he plantado en el jardín, «Fino» y «Picante» descansan uno al lado del otro, y no puedo pensar en ellos sin que las lágrimas corran por mis mejillas.

Lo que todos debíamos saber

Cuando el colibrí—precioso y diminuto pajarillo de la América del Sur—llega a una flor de la cual no puede extraer alimento, se excita de un modo extraordinario y acaba por hacerla pedazos con su pequeño pico.

—Es curioso el hecho de que el mal tiempo afecta a los leones igual que a los hombres.

—Los turbantes que usan los turcos tienen por término medio unos 18 metros de muselina muy fina y delicada.

—La parte más costosa de todas las líneas de ferrocarril del mundo está entre Mansión House y Aidgeate. Costó 30 millones de pesetas cada kilómetro.

—Los anglosajones de la antigüedad tenían la costumbre de beber durante los treinta primeros días de casados miel diluida en agua. Eso dio origen a la célebre frase que ha llegado hasta nosotros «la luna de miel».

—En las noches oscuras la luz blanca se puede ver desde mucho más lejos que la de otro color cualquiera.

Atorismos de un médico práctico

Aire libre y agua libre en la esclavitud del reposo, constituyen los mejores consejos para curar toda calentura.

La madre que no aprenda, a los pocos meses de serlo, cuando llora su hijo por mimo y cuando por dolor, establecerá los cimientos de una mala educación en aquel ser que desde la cuna necesita una disciplina cariñosa.

No se puede asistir bien a los enfermos cuando no se tiene esta virtud: paciencia; y esta cualidad: energía.

SER...

Silenciosa, en un éxtasis sumida, contempla las ondas formarse en el mar, como avanza una de otra perseguida, ansiosa de asirla y poderla besar. Las contempla y ve triste que dichosas, se confunden abrazándose a la vez, ora agltadas saltan procelosas, ora muy mansas se mueren a sus pies. También fué ella feliz. Una alegría inmensa su alma blanca saturó, pero ¡ay! que fué ilusión que duró un día como flor por la tarde se secó. Desde entonces su alma vaga perdida, sangrante y llorosa, no puede olvidar, sólo quiere calma y siente su vida, anhelos muy grandes de poder soñar. Quisiera ser arroyo cristalino, nacido de algún monte y en sus faldas, para que el astro rojo vespertino, salpicara sus linfas de esmeraldas. Ser blanca estrella que trémula oscila, bañada en fulgores vestida de luz, ser rayo de luna en noche tranquila, salido de un cielo celeste y azul. Ser nube que cruza el aire ligera, mecida, y besada por aura sutil, ser niveo cáliz de lirio que espera, abrirse dichoso en mañana de abril. Ser alba espuma que cubre el profundo, abismo insondable del agua al rugir, ser verso que nace y vive el segundo que brota del alma y ya vuelve a morir. Ser brisa de mayo, que besa las flores, dejando perfumes de nardo al pasar, ser iris robando sus siete colores, o perla dormida en el fondo del mar. Ser sombra que huye si coger se intenta, ser fuente que corre cantando feliz, algo que viva su vida y no sienta, ni sepa que es ansia, ni amargo sufrir. Que es triste vivir perdida la calma, la dicha anhelada que un día soñó, que no se borra tan fácil del alma, la imagen que el fuego del amor grabó.

RAMÓN TEJEDOR CARRERAS

TAL COMO VIENE

AL SOLDADO

III

EN TÉRMINO GENERAL

Si en el pecho tenéis un corazón exento de maldad. Si sois honrados. España os contará como soldados dispuestos a morir por la Nación. Si existe en vuestras mentes la ilusión de no veros jamás avasallados, tendréis como felices resultados, la gloria y el honor por bendición. España solo quiere hombres muy fieles que sientan con ardor el patriotismo, y todo el que resida en sus cuarteles, por honra ha de tener, para sí mismo, que la Patria le brinde sus laureles en pago de su amor y su heroísmo.

Si dais una mirada solamente a vuestra misión. A vuestra constancia. Veréis palpablemente la importancia que tiene el militar eternamente. Si veis que sois muralla permanente de aquellos compañeros de la infancia, de vuestros deudos, y de vuestra estancia. De toda la Nación enteramente... un sólo instante no vacilareis en dar la vida, (si así lo exigiera la Patria), aunque mucho la apreciéis. Que vale poco, si se considera, que es a cambio de lo que más queréis, y preferís morir, a que ella muera.

La Patria, satisfecha os considera, los hijos predilectos de su amor. El arma defensora de su honor. Escudo de su Trono y su Bandera. Os tiene preparados por si fuera preciso castigar con gran rigor, a todo Estado o Pueblo usurpador, que algún día a insultarla se atreviera. Sois el alma y fé de vuestra Nación. El faro luminoso de su guía. El brazo armado de su salvación. Debéis sacrificaros, si algún día, pidiera que le diérais protección, luchando hasta morir con valentía.

Araigue en vuestros pechos las lecciones que os dan los superiores que tenéis. Siguiendo sus ejemplos, llegaréis a ser de la Nación, sus campeones. Iréis, cumplidos ya, a vuestras mansiones. Allí, a los hijos vuestros, que tendréis, doctrina de moral le enseñaréis, que irán dulcificando sus pasiones. Serán, otros soldados defensores del orden, del honor y del deber, queridos siempre de sus superiores. Serán... Lo que vosotros sabréis ser si llega la ocasión. Los luchadores del lema ejemplar: «Muertos, o vencer».

¿Sabéis qué significa patriotismo? Sencillamente. La conservación de todo lo que afecta a la Nación aquella, que pertenece uno mismo. Sentir siempre, por ella, el paroxismo violento, de la más pura pasión. Defenderla por sacra obligación y su esclavo ser hasta el servilismo. Llevar su hacienda y vida al sacrificio y aquello cuanto, en fin, más nos entraña. Luchar por conseguirle beneficio lo mismo en paz, cual si fuere en campaña. Prestarle señalado y buen servicio velando por su honor. Por el de España.

SATURNINO SÁEZ

PINOCHO
SEMANARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños, CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza del Príncipe, 17

SALDO DE CHISTES MALOS

Un andaluz entra en un puesto de compra-venta de libros usados, en Madrid:

—Oigasté, amigo, ¿tiene osté los Siete niños de Esija?

El dependiente:

—Pue tenga cuidao con eyos, porque zon ladrones.

Dos mendigos hablan, y en en esto dice uno:

—Y en aquel momento toqué la campanilla para llamar al criado...

—¿Cómo? ¿Pero tú tienes criado?

—No, pero tengo campanilla.

Unos viajeros muy elegantes llegan a la posada de un pueblo y piden habitación.

—De momento no tengo ninguna habitación disponible—dice el posadero—; pero, si quieren los señores, les pondré una cama en el corral, y, como hace tanto calor, estarán como en su casa.

El dueño de una colección de fieras estaba en un pueblo durante las fiestas, y su mujer en el pueblo inmediato, en otra barraca. A los pocos días vino a reunirse con el marido y éste puso el siguiente anuncio:

«Aviso que con motivo de la llegada de mi esposa, la colección de fieras se ha aumentado.»

En el hotel. A las tres de la madrugada. Con gran parsimonia, un inglés descende hasta el hall y despierta al vigilante de noche.

—Haga el favor de darme un vaso de agua—dice el inglés.

El mismo inglés vuelve un cuarto de hora más tarde, luego vuelve media hora después, luego tres cuartos de hora. Cada vez pide un vaso de agua. Al quinto vaso, el camarero, un poco molesto, le interpela:

—¿Para qué quiere usted tantos vasos de agua?

—El grifo del baño no funciona—responde el inglés con calma—, y hay fuego en mi habitación.

—Asistente, esta lechuga, no la has lavado; sabe mal.

—¿Cómo va a saber mal, si la he lavado hasta con lejía?

—¿Comió usted bien ayer en casa de la Condesa?

—No, muy mal; pero muy mal. No pude probar bocado.

—Pues es extraño, porque en su casa se come admirablemente.

—No fué culpa suya. Es que me dejó en casa la dentadura.

—¡Pues, hombre, habérsela pedido a ella! Tiene dos.

Un borracho vuelve a su casa ya entredada la mañana.

—Me vas a matar a disgustos—dice su mujer.

—¿Yo matarte? No tengas cuidado: toda la noche me la he pasado bebiendo a tu salud.

—El cliente.—Cómo es eso; usted me dice que esta manta es de lana y aquí hay un rótulo que dice: «algodón».

El dependiente.—Oh, no haga usted caso; eso se lo ponemos únicamente para engañar a la polillas.

Habíanse reunido varios amigos para distraerse en el tiro de escopeta; tocó a uno de ellos, muy torpe, hacer la puntería, y al verlo otro, fué a sentarse en el blanco.

—¿Qué haces?—exclamaron los demás.

—Nada, señores; tirando este amigo, en ninguna parte estoy más seguro que aquí.

—Caballero: acabo de llegar a Madrid y no conozco... ¿Podría usted decirme dónde podré comer por dos pesetas?

—Sí, señor; en «Casa de Eladio».

—Muchas gracias... Y ya que es usted tan amable, ¿querrá usted decirme en dónde podré encontrar las dos pesetas?

Una señora dice a la criada:

—Anda a ver si el carnicero tiene pies de cerdo.

Al poco rato, vuelve, diciendo:

—Señorita, no lo he podido ver. El carnicero llevaba los zapatos puestos.

Llegaron unos excursionistas extranjeros a una posada española y pidieron mulos para subir a un monte:

—¿Habrá entre ustedes burros para todos?

—Sí, señores; cuantos más forasteros vengan, tantos más burros habrá.

Juanito va con su papá a una confitería y el confitero le da un bombón y su papá pregunta:

—Niño, ¿qué se dice?

Y Juanito responde:

—Que tengo dos hermanitos más en casa.

Imp. de Manuel Sintes Rotger.—Plaza del Príncipe, 17

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(20)

—No, hijo, no nos ciega. Y de ello te podrás convencer en breve, cuando la trates, porque viene pronto a convivir con nosotros durante una temporada... Y ésta es, querido doctor, la buena noticia que le quería dar.

Fué como un pistoletazo para Fernando... ¡Vería! ¡Vivir con ella!; con la que miraba como enemiga despiadada y cruel... Y era joven, hermosa, y distinguida... Sin duda usaba del influente imperio de la belleza para esclavizar a cuantos la rodeaban arrastrando en pos de ella todas las simpatías y admiraciones.

Fernando sentía encendérselo los celos en el alma con un ardor insoportable y enfermizo. Veíase postergado en el afecto de su madre, de su amigo, de su padastro, por aquella bellísima rival, por aquella enemiga desconocida... La detestó antes de verla, a ella que iba a robarle triunfadora todo el cariño de los habitantes de Fenollar, incluso el del místico y soñador Ardieta.

Este tenía reflejada en el semblante una tranquila aureola de beatitud.

—No pensaba yo volver a verla... Me alegre y lo siento. ¿No he de alegrarme? Verá usted, Conde, entrar

con ella el sol a raudales en este castillo... ¡Sus risas, esas risas adorables estremeciendo el silencio religioso de esta morada como un sacudimiento vital! ¡La silueta hermosísima perdiéndose como una aparición mágica en la penumbra de los corredores desiertos...! Para usted, debe tener todo esto un nuevo encanto...

Hacia ya un momento que el Conde apenas podía dominar su agitación, y con algo de violencia en el tono y en la actitud, apresuró a responder.

—Ojeda usted, doctor, que no siempre ha sido el castillo de Fenollar una gran casa quieta y muda con aspecto de estufa o de momia. Que todos, y yo más que nadie, recordamos el reinado de otra mujer a la cual no podrá jamás compararse Gloria Róspide por mucho que valga, y que esa mujer vive aún en Fenollar y es todavía bastante hermosa para trastornar cabezas más firmes que la de usted.

Y Fernando, con ligero acento de despecho, señalaba a su madre.

—No, no lo olvido, Conde—se apresuró a contestar Manuel Ardieta.—Ni es mi intención hacer comparaciones, ni faltar a las leyes de la galantería

respecto de una señora, a quien respeto y quiero. Pero usted sabe bien que Gloria Róspide, es casi una niña y que su presencia aquí va a ofrecerle impresiones completamente nuevas. Porque no cabe dudar de que, para usted, ha de resultar muy nuevo y muy agradable encontrarse con una hermana que le atienda, le distraiga y le consuele.

Fernando se iba encontrando molesto y las intempestivas manifestaciones del doctor comenzaban a irritarle.

—No he pedido, ni deseo esos consuelos; me basta con los que usted y mi madre puedan darme,—contestó secamente.

—Eso se dice ahora con facilidad, pero después de verla, después de tratarla (y tratarla además en esa intimidad adorable de la convivencia), le aseguro que apreciará usted en mucho su amistad y su afecto, porque ella, cuyo corazón conozco muy bien, tendrá para usted tesoros de delicadezas y atenciones.

—Sí, ¿verdad? ¿Qué menos podrá hacer esa mujer espléndida, que prodigar su compasión al pobre enfermo, al guiñapo inútil que agoniza en esta

soledad mal comprendida por todos, quizás despreciado también...?

La queja, de una intensa y dolorosa amargura, resbaló por el corazón de la madre como un puñal que rasga y que destroza.

—¡Por Dios, hijo mío...!—suplicó llorosa la infeliz.

—¡Qué injusto es usted, Conde, con los que le queremos bien!—murmuró Ardieta dolorosamente conmovido.

Un silencio angustioso oprimió aquellos tres corazones que sufrían. Por fin, pasado un rato, el Conde lo rompió diciendo mansamente.

—Sí, soy injusto, Perdónenme. Y soy injusto sin quererlo ser... Hay algo dentro de mí más poderoso que mi voluntad que me obliga a rebelarme en absurda rebeldía contra todo. No sé por qué se me figura que todos me compadecen y esa compasión me irrita, me desespera, me subleva... No soy bastante humilde para aceptarla y agradecerla.

Calló, con los ojos algo empañados y la voz muy alterada. Calló para no revelar su emoción, pero ésta no escapó a la perspicacia de Manuel Ardieta y de la señora de Róspide.